

JOSEPH ROTH

JUDÍOS ERRANTES

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE PABLO SOROZABAL SERRANO

BARCELONA 2008



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Juden auf Wanderschaft*

Publicado por:

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© 1976, 1985 by Verlag Allert de Lange, Amsterdam

© de la traducción, 2008 by Pablo Sorozabal Serrano

© de la imagen de cubierta, Archives of the YIVO
Institute for Jewish Research, Nueva York

© de esta edición, 2008 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-96834-35-4

DEPÓSITO LEGAL: B. I.622 - 2008

En la cubierta, *Giving a hint* (Lublin, 1924), de Alter Kacyzne

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero 2008*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Prólogo a la primera edición

7

Prólogo a la nueva edición

9

Judíos orientales en Occidente

25

La pequeña ciudad judía

43

Las juderías occidentales

Viena, 71

Berlín, 82

París, 92

El judío que se va a los
Estados Unidos de América

103

La situación de los judíos
en la Rusia soviética

113

Epílogo

123

JUDÍOS ORIENTALES EN OCCIDENTE

En su tierra natal, el judío oriental lo ignora todo acerca de la injusticia social de Occidente; acerca de los prejuicios que imperan sobre los modos de ser, los actos, las costumbres y la concepción del mundo del europeo occidental medio; acerca de la estrechez del horizonte occidental, rodeado de instalaciones energéticas y erizado de chimeneas fabriles; acerca del odio, tan grande ya que se lo cuida y mantiene como un medio de preservar la existencia (pero de matar la vida), como un fuego eterno ante el que se calienta el egoísmo de todo hombre y de todo país. El judío oriental mira hacia Occidente con una nostalgia que éste en modo alguno merece. Para el judío oriental, el Occidente significa libertad, posibilidad de trabajar y desarrollar su talento, significa justicia y predominio autónomo del espíritu. La Europa occidental envía al Este ingenieros, automóviles, libros, poesías. Envía jabones propagandísticos e higiene, cosas útiles y edificantes, hace una mendaz *toilette* para el Este. Alemania, por ejemplo, sigue siendo para el judío oriental el país de Goethe y Schiller, de los poetas alemanes, esos poetas a los que cualquier adolescente judío con ansias de aprender conoce mejor que nuestros estudiantes de bachillerato, por muchas cruces gamadas que puedan lucir. En la guerra, el judío oriental no conoció más que a aquel general que en Polonia mandó pegar carteles que había redactado el servicio de prensa de guerra, con una humana alocución dirigida a los judíos,

pero no al general que jamás hubo leído un libro escrito desde el espíritu que anima a las bellas letras, y que, no obstante, perdió la guerra.

El judío oriental no ve, en cambio, las ventajas de su tierra natal, la infinita vastedad del horizonte, la calidad de ese material humano capaz de producir santos y locos asesinos, melodías de triste grandiosidad y frenéticos amores. No ve la bondad del hombre eslavo, cuya rudeza es más decente que la domesticada bestialidad del europeo occidental, que encuentra desahogo en la perversión y burla la ley con el cortés sombrero en la temerosa mano.

El judío oriental no ve la belleza del Este. Se le prohibió vivir en aldeas, pero también en grandes ciudades. Los judíos viven en calles mugrientas y casas ruinosas. El vecino cristiano los amenaza. El señor los golpea. El funcionario los manda encerrar. El oficial dispara contra ellos impunemente. El perro denuncia a ladridos su presencia porque van vestidos con una indumentaria que excita tanto a los animales como a los hombres primitivos. Se los educa en oscuras *jéder*.¹ Desde la más tierna infancia traban conocimiento con la dolorosa desesperanza de la plegaria judía; con el apasionado combate con un Dios que castiga más que ama y que le toma a uno en cuenta un placer como si fuera un pecado; con el riguroso deber de aprender y buscar lo abstracto con ojos jóvenes, todavía hambrientos de contemplación.

En su mayor parte, los judíos orientales no deambulan por el país sino en calidad de mendigos y buhoneros. La

¹ *jéder*: escuelas de primera enseñanza en hebreo. (Esta nota, como las siguientes, es del traductor).

gran mayoría de ellos no conoce el suelo que los alimenta. El judío oriental siente miedo en las aldeas extrañas y en los bosques. En parte por su propia voluntad y en parte porque se ve forzado a ello, el judío oriental es un marginado que sólo tiene deberes, no derechos, salvo los que están sobre el conocido papel, que nada garantiza. Por periódicos, libros y emigrantes optimistas se entera de que Occidente es un paraíso. En la Europa occidental existe protección legal contra los pogromos. En Europa occidental, los judíos llegan a ser ministros e incluso virreyes. En muchas casas judeo-orientales puede verse el retrato de aquel Moisés Montefiore que almorzaba ritualmente sentado a la mesa del rey de Inglaterra. En el Este se exagera fabulosamente la gran riqueza de los Rothschild. De cuando en cuando, un emigrante escribe una carta a los que se quedaron en el terruño, en la que describe las ventajas del extranjero. La mayoría de los judíos emigrantes ansían no escribir mientras les va mal, y se esfuerzan por ensalzar la nueva tierra elegida, frente a la antigua abandonada. Poseen el ingenuo afán del provinciano, consistente en impresionar a los pueblerinos. En una pequeña ciudad del Este, la carta de un emigrante se convierte en una sensación. Todos los jóvenes de la localidad—e incluso los ya entrados en años—se sienten poseídos por el deseo de emigrar, de abandonar esta tierra en la que cada año puede estallar una guerra y cada semana un pogromo. Y la gente emigra, a pie, por vía férrea, marítima o fluvial, hacia los países occidentales, en los que una judería distinta, un poquillo reformada pero no menos cruel, tiene preparada su tiniebla para recibir a los nuevos huéspedes que, medio muertos, han escapado a las trabas de los campos de concentración.

Si hemos hecho aquí referencia a los judíos que no conocen la tierra que los alimenta, con ello no señalábamos sino a la gran mayoría de los judíos, esto es, a los que viven una vida devota y acorde con las viejas leyes. Es cierto que hay judíos que no temen ni al amo ni al perro, ni a la policía ni a los militares, que no viven en la judería y que han adoptado la cultura y la lengua de los pueblos anfitriones, que se parecen a los judíos occidentales y más bien gozan, como éstos, de igualdad de derechos sociales; pero que, sin embargo, siguen viéndose obstaculizados en el desenvolvimiento de sus capacidades en tanto no hayan mudado de confesión, e incluso después de haberlo hecho. Y es que la parentela íntegramente judía del feliz integrado es inevitable, y rara es la vez que un juez, un abogado o un médico de distrito de ascendencia judía escapa a su sino: el de tener un tío, un sobrino o un abuelo que, por su mero aspecto, pone en peligro la carrera del integrado y menoscaba la consideración social de la que disfruta.

Difícilmente se libra uno de este destino, y muchos, en vez de rehuirlo, deciden someterse al mismo en la medida en que no sólo no reniegan de su judaísmo, sino que incluso lo acentúan poderosamente y reclaman una «nación judía», sobre cuya existencia no hay, desde hace algunas décadas, duda ninguna ya, y en torno a cuya «justificación» es imposible que surja la querrela, puesto que de por sí basta la voluntad de algunos millones de seres humanos para formar una «nación», aun cuando ésta no hubiera existido anteriormente.

En el Este, la idea judeo-nacional está muy viva. Incluso personas que no tienen mucho en común con la lengua, la cultura o la religión de sus padres reclaman, en virtud de su

sangre y de su voluntad, la «nación judía». Viven en tierras extrañas como una «minoría nacional», preocupadas por sus derechos cívicos y nacionales, y luchando por ellos, en parte de cara al futuro palestino y en parte sin el anhelo de un país propio, convencidas, y con razón, de que la tierra pertenece a todos aquellos que cumplen con su deber hacia la misma; pero no están, sin embargo, en condiciones de resolver el problema de cómo podría extinguirse el odio que arde en el pueblo anfitrión contra una multitud de extranjeros en apariencia peligrosos y originadores de perjuicios. Tampoco estos judíos viven ya en la judería, efectivamente, ni siquiera en la auténtica y cálida tradición; apátridas, al igual que los integrados, y en ocasiones heroicos, puesto que se sacrifican voluntariamente por una idea, aunque ésta sea nacional...

Tanto los judíos nacionales como los asimilados permanecen, mayoritariamente, en el Este. Aquéllos porque luchan por sus derechos y no quieren huir; éstos porque se imaginan estar en posesión de esos derechos o porque aman el país tanto como la parte cristiana de la población... cuando no más. Así pues, los emigrantes son personas que se cansan de estas pequeñas y crueles luchas, y que saben, sienten o presienten, que en Occidente surgen problemas, junto a los nacionales, completamente distintos, y que las disputas nacionales constituyen un estruendoso eco del ayer y sólo una resonancia del hoy; que en Occidente ha nacido una idea europea que el día de mañana, o al cabo de mucho tiempo, y no sin dolor, madurará hasta convertirse en una idea universal. Estos judíos prefieren vivir en países en los que las cuestiones raciales y nacionales no ocupan todavía sino a esas deambulantes capas de la población que,

no obstante la fuerza e incluso el poderío de su voz, sin duda pertenecen al ayer, y exhalan un olor a moho, sangre y estupidez; prefieren vivir en países en los que, pese a todo, algunas mentes se ocupan laboriosamente de las cuestiones del mañana (estos emigrantes proceden de los territorios fronterizos rusos, no de Rusia). Otros emigran porque han perdido o no encuentran profesión o trabajo. Son ganapanes, proletarios, aunque no siempre con conciencia proletaria. Otros han huido de la guerra y la revolución. Son «fugitivos» en su mayoría pequeñoburgueses y burgueses, enemigos encarnizados de la revolución y más conservadores de lo que pudiera serlo un miembro cualquiera de la nobleza territorial autóctona.

Muchos emigran por instinto y sin saber a ciencia cierta por qué. Acuden a la inconcreta llamada de lo extraño o a la concreta de un pariente que ha llegado a integrarse; se dejan llevar por el placer de ver mundo y de escapar de la presunta estrechez de la tierra natal; obedecen a la voluntad de tener éxito y hacer valer sus capacidades.

Muchos vuelven. Aún más se quedan por el camino. Los judíos orientales en sitio alguno tienen patria, pero sí, en cambio, tumbas en cada cementerio. Muchos se hacen ricos. Muchos se convierten en gente importante. Muchos se tornan creativos en la cultura extraña. Muchos se pierden a sí mismos y pierden el mundo. Muchos se quedan en la judería, de la que sólo sus hijos llegarán a salir. La mayoría de ellos da a Occidente por lo menos tanto como éste les quita, y algunos le dan más de lo que Occidente les da a ellos. En todo caso, el derecho a vivir en Occidente lo tienen todos los que se sacrifican yendo a él.

Ante Occidente adquiere méritos todo aquel que ha lle-

gado con nuevas energías para interrumpir el tedio mortal e higiénico de esta civilización... aunque sea al precio de una cuarentena: la que nosotros prescribimos a los emigrantes sin darnos cuenta de que nuestra vida entera es una cuarentena y todos nuestros países son barracones y campos de concentración, aunque, eso sí, dotados con el más moderno confort. Los emigrantes—¡por desdicha!—asimilan nuestras tristes condiciones de vida no con demasiada lentitud, como se les reprocha, sino con excesiva rapidez. Pues, en efecto, incluso llegan a ser diplomáticos y redactores de prensa, alcaldes y dignatarios, policías y directores de banco, y a erigirse en idénticos pilares de la sociedad que los miembros autóctonos de la misma. Sólo muy pocos son revolucionarios. Muchos son socialistas por una necesidad personal, ya que, dentro de la forma de vida por la que el socialismo está empeñado en luchar, es imposible la opresión de una raza. Muchos ven en el antisemitismo un fenómeno de la estructura económica capitalista. No son socialistas por eso, lo son porque están oprimidos.

La mayoría de ellos son pequeñoburgueses y proletarios sin conciencia proletaria. Muchos son reaccionarios por instinto burgués, por amor a la prosperidad y a la tradición, pero también por el no infundado temor a que el cambio de situación pueda no ser mejor para los judíos. Que los judíos son la primera víctima de cualquier baño de sangre organizado por la historia es un sentimiento alimentado por la experiencia.

Quizá sea ésa la razón por la que el trabajador judío es tranquilo y paciente. El intelectual judío, con su apasionada actividad, puede dar impulso y rigor al movimiento revolucionario. El trabajador judeo-oriental, con su amor

al trabajo, su sobrio talante y su vida tranquila, puede ser comparado con el alemán.

El hecho es que hay obreros judeo-orientales. Sospecho que es preciso subrayar esta evidencia en un país donde, en tan breves intervalos, los «órganos de la opinión pública» repiten frases como las de «una masa improductiva de inmigrantes orientales». Hay obreros judeo-orientales que no saben regatear, negociar, sobrepujar ni «contar», que no compran ropa vieja ni andan de casa en casa como buhoneros con un hatillo a la espalda, pero que, sin embargo, se ven con frecuencia obligados a dedicarse a un comercio humillante y triste, puesto que ninguna fábrica los admite, habida cuenta de que hay leyes (necesarias, ciertamente) que protegen a los trabajadores indígenas frente a la competencia de los extranjeros, y porque, incluso, si no hubiese tales leyes, los prejuicios de los patronos, y también los de los camaradas, se lo pondrían imposible al trabajador judío. En Norteamérica, el trabajador judío no constituye una rareza. En Europa occidental no se sabe nada de su existencia y se la niega.

En Occidente se niega también la existencia del artesano judío. En el Este hay fontaneros, carpinteros, zapateros, sastres, peleteros, toneleros, vidrieros y tejedores judíos. La idea de esos países del Este en que todos los judíos son rabíes milagrosos o se dedican al comercio, mientras la totalidad de la población cristiana consta de campesinos que viven mezclados con los cerdos, y de señores que sin cesar van de cacería y beben, es exactamente tan pueril y ridícula como lo es el sueño del judío oriental acerca de un humanitarismo europeo-occidental. En el Este, los poetas y los pensadores son más frecuentes entre la población que